

PENSAMIENTO E INCOMODIDAD

Pablo Rocca

Laudatio de Noé Jitrik

Sala Rector Óscar Maggiolo, Universidad de la República

19 de julio de 2010

Hay nombres propios que convocan fragmentos del universo. Si, pongamos por caso, decimos Julio Herrera y Reissig, pensamos en una tarea poética compleja y desestructurante de la norma de su época y su lengua; si se pronuncia el sintagma Gabriel García Márquez, automáticamente se desencadenan otros tales como realismo mágico, nueva narrativa de fines de los sesentas, renovación con acento caribeño. Decir Noé Jitrik evoca más de medio siglo de labor literaria y de pensamiento crítico rioplatense y latinoamericano, que cambiaron para siempre desde que esa firma empezó a estamparse en revistas y libros.

Invito a seguir el juego. Se dice Domingo F. Sarmiento, José Hernández, Horacio Quiroga, Florencio Sánchez, Roberto Arlt, Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Leopoldo Marechal, Augusto Monterroso; se piensa en las vanguardias en Hispanoamérica, en la novela histórica, en los campos discursivos. Se dice y se piensa todo esto y no es posible recaer, una y otra vez, para el asombro o la discordia, en los escritos de Noé Jitrik. La lista anterior, aunque resulte abrumadora, apenas significa una antología. Otra faceta complementaria la compone su participación activa en publicaciones periódicas, desde las de revistas de intervención, como *Verbum*, *Centro*, *Contorno*, *Zona de la Poesía Americana*, todas en Argentina, o *Marcha*, de Montevideo, hasta las revistas académicas, como *sYc*, por mencionar, tal vez, una de las últimas que lo tuvo como protagonista y una de las más fuertes en esta serie. Imposible olvidar la obra que, bajo la escrupulosa dirección de Noé Jitrik, ha hecho participar a varias decenas de especialistas argentinos y de distintos puntos del planeta, un proyecto llamado *Historia crítica de la literatura argentina*. Hablo de un esfuerzo monumental que empezó a publicarse hace una década y sólo ahora está en vías de concluir.

Hacer una obra individual, en suma, no significa para Jitrik sólo encerrarse en su mirada, contemplar el mundo y las cosas desde sí y por sí mismo, sino abrirse a los otros, hacerlos participar, ofrecerse.

No detallaré el *curriculum vitae* del Profesor Jitrik. Empezar la tarea sería algo tedioso y, además, devoraría una hora de exposición, por lo bajo. Baste recordar que Jitrik ha trabajado en cursos de grado y posgrado en numerosas Universidades de Argentina y México, pero también de Francia, Colombia, Chile, Puerto Rico, Venezuela y, desde luego, en nuestra Maestría en Ciencias Humanas (Opción Literatura Latinoamericana) en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Alcanza, con que resalte que Jitrik ha llegado a ocupar los más altos cargos académicos en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, desde 1960 a 1966, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, desde marzo a julio de 1966; importa que recuerde que ha sido Maître de Conférences Associé en Literatura y Cultura Latinoamericanas en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Besançon, desde octubre de 1967 hasta setiembre de 1970; que ejerció como Profesor Titular en la Cátedra de Literatura Iberoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, durante la loca primavera en que se denominó Universidad Nacional y Popular, que corrió entre julio de 1973 y setiembre de 1974. En la última fecha, hay que remarcarlo, el Profesor Jitrik debió exiliarse, amenazado por la siniestra Triple A. Obligado por tan penosas circunstancias a abandonar su país, fue recibido en El Colegio de México, donde actuó como Profesor Investigador Visitante en las áreas de Teoría Literaria y Literatura Latinoamericana, entre setiembre del 74 y diciembre de 1980. Trabajó, después, en la Universidad Nacional Autónoma de México, hasta que en 1987, ya recuperada la democracia, volvió a Argentina. De regreso a su país, se ha desempeñado como Profesor Titular en la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y como Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigación, Ciencia y Tecnología. Sus premios como académico y escritor se multiplican. El último, lo recibió hace apenas un mes.

Con todo, esta ocasión no es la primera en que se lo distingue con un doctorado *Honoris Causa*. Lamento decirlo, pero nos ha ganado de mano la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, que tomó esta misma decisión en julio de 2000. Se nos adelantaron, pero nosotros, en todo caso, le ganamos a los argentinos. Todos aquí sabemos lo que esto importa en términos futbolísticos para los uruguayos, y quizá no sólo en este plano que estos días de euforia y contrastes han puesto de relevancia. La

nuestra es la primera Universidad rioplatense en reconocer al Prof. Jitrik con este título. No es poco.

Esta distinción que impulsó la directiva del Instituto de Letras de nuestra Facultad, y que el Consejo asumió, de inmediato y en forma unánime, y que luego refrendó el Consejo Directivo Central de la Universidad, se me ocurre que pretende recordar que sin Noé Jitrik serían mucho menos atractivas y ricas la literatura rioplatense, la teoría literaria; la vida, en fin. Ningún puente más seguro para atravesar, pese a quien pese, de un lado al otro del río.

No tan publicitada, quizá, ha sido la obra poética y narrativa de Noé Jitrik, a pesar de que en el primer género se estrenó en sus años mozos, y si bien ha escrito y publicado varios relatos. Cualquiera de ellos, *Long Beach*, de 2004, por ejemplo, nos remite a un proceso de trabajo en y sobre el texto; su dicción recuerda, a menudo, el ritmo de sus textos críticos y aun el de sus versos. A la vez, cualquiera de sus páginas críticas nos remite, siempre, a una caución narrativa.

Hace apenas unos meses esa editorial decisiva en América Latina que se llama Fondo de Cultura Económica, reunió la obra poética de Jitrik escrita entre 1983 y 2008. Un texto de *Cálculo equivocado*, título de la recopilación, podría, acaso, sintetizar alguno de sus múltiples desvelos:

Los días no son
me parece
flechas
como decía un poeta
querido
y perdido
cuando todo hacía creer
que compartiríamos

una mesa de café
un poco de charla
declarativa
y amistosa
los días son
un guiño de los ojos
asombrados
un ya está
entre dos esperas
amanecer y noche
noche y amanecer.

Este poema se llama “Flechas” y, con cierta picardía que sugiere otros frentes de lectura, está dedicado a Leopoldo Marechal. En épocas en que había que tener coraje para leer admirativa y críticamente a Marechal, intelectual peronista ortodoxo, Jitrik – quien claramente se oponía al gobierno que este escritor apoyaba con ardor–, escribió en *Contorno* un artículo clave sobre *Adán Buenosayres*, la novela que desde hace décadas sabemos clásica pero que, entonces, pocos se animaron a celebrar. Jitrik, Cortázar y pocos más.

Es que para Noé Jitrik siempre parece haber estado claro que somos animales políticos, pero que también nos hace y nos forma la belleza de la lengua y la creación, si se quiere capaces de trasponer la débil frontera del tiempo, que sólo a los urgidos se le aparece como perentoria y definitiva. *Días como flechas* es el segundo libro del “poeta querido/ y perdido”, del que habla Jitrik en el texto precitado. Uno de los últimos versos de este libro que Marechal publicó en 1926, dice: “*El día inútil abrió su abecedario irremediable*”. Los días, dice Jitrik en su poema, menos crédulo que el juvenil Marechal, son un “*un ya está/ entre dos esperas/ amanecer y noche/ noche y*

amanecer”. Me atrevo a ver la escritura de Noé Jitrik –no digo, escritura poética ni narrativa ni crítica, sino *la escritura* como conjunto dinámico–, en tanto desafío, afrenta y superación de la “*inutilidad*” del día. Eso, en cuanto su escritura manifiesta, si cabe, lo que resta en esa fugacidad que nos acecha entre dos esperas.

En un artículo aparecido a comienzos de la década del setenta, Jitrik propone el concepto de “*trabajo crítico como producción*”, es decir, confiere a la actividad crítica algo que va más allá del margen de la paráfrasis y cualquier rodeo especular con el medio en que se crea. Se trata de asumir el compromiso fuerte del que escribe con lo que se lee y con quienes leen lo que leemos. Este concepto prefiguraba la preocupación teórica sobre los aspectos discursivos que, sobre todo, se manifiesta en sus artículos reunidos en el libro *Los grados de la escritura*, publicado en 2000.

El goce de y por la palabra está lejos de vaciar de ideas la obra de Jitrik, lejos de convertirla en regodeo puro. Porque en sus textos siempre salta lo que podríamos llamar un pensamiento de la incomodidad, un pensamiento enemistado con los dualismos, los esquemas y las facilidades. Acudiré sólo a dos muestras. En 1971, en pleno apogeo de la discusión sobre nacionalismo, imperialismo y movimientos populares, cundió la idea de que era necesario recuperar la gauchesca asociada a la Argentina que se venía, ligando el nuevo ciclo, que se esperaba redentor, con la imagen levantisca del gaucho Martín Fierro. Sarmiento, en ese plano, quedaba reducido a los adocenados editoriales de algunos diarios conservadores o al “*simulacro laborioso y piadoso*” –para decirlo con una fórmula de Borges– de las evocaciones y las efemérides. Entonces, en un pequeño ensayo titulado, secamente, *José Hernández*, y editado por Boris Spivacow, ese dínamo fundamental de la industria cultural rioplatense con su Centro Editor de América Latina, en una de sus páginas Jitrik se situó contra la corriente:

“Se ha dicho [...] que el *Martín Fierro* es una especie de anti-*Facundo* y por lo tanto que Hernández es una especie de anti-Sarmiento: la primera oposición acaso tenga algo de verdad, la segunda nos parece que ninguna, salvando, naturalmente, todos los matices personales [...] sólo hubo oposición política pero que las respectivas ubicaciones reposaban sobre similares principios teóricos, sobre una idéntica visión del futuro del país. Lo que justifica la oposición es quizás que en el caso de Sarmiento sus presupuestos inconscientes, su mundo de ideas y de principios asume muy rápidamente un lenguaje coherente y pertinente

que se corresponde asimismo con sus posiciones, mientras que en Hernández el proceso de síntesis es más lento: a través de la defensa o elegía del gaucho termina –no empieza– por justificar el mundo de sus ideas liberales cuya eficacia se le hace evidente al final de su vida”.

Este iluminador aserto final, no es ocioso decirlo, cambió el curso de las investigaciones sobre la gauchesca que, desde entonces, abandonaron el reducto del tradicionalismo y de la exaltación acrítica.

Una prueba segunda y posterior. En 1982, cuando las vanguardias literarias en la zona hispana de América seguían siendo un enigma o, peor, una cómoda y trivial asignación a cierto escaso repertorio de nombres y prestigios, con ojo teórico Jitrik asumió el desafío de la visión sinóptica sobre la cuestión. Si bien la promesa encerrada en el título de su ensayo, “Notas sobre la vanguardia latinoamericana”, dejó a un lado la literatura de Brasil – porque la labor de los pioneros tiene, siempre, el sabor del riesgo y la consiguiente caída–, el crítico fue capaz de señalar que las vanguardias requieren de la discontinuidad de los procesos y no de la obligatoriedad de observar “*la historia [como si] fuera lineal, de encadenamientos perfectos*”. Notó que las contribuciones teóricas en boga sobre la vanguardia, como el gran libro de Renato Poggioli, no eran suficientes ante la singularidad latinoamericana, ya que el teórico italiano observa que la vanguardia florece en un clima de agitación política, “*lo que no sería necesariamente válido*” para estas latitudes, como lo prueba el ultraísmo argentino, “*fruto de la bonanza*”. Antes que nadie, el crítico señaló algunos “*rasgos recurrentes o comunes*”, entre los que uno de ellos abrió un nuevo camino: las revistas como espacio para canalizar la nerviosidad vanguardista antes que la producción de libros. Hay otro elemento que, dentro y fuera de los años veinte, tiene fuerza de ley en ese trabajo: “*Todo vanguardismo –dice– es ruptura aunque no toda ruptura sea vanguardista*”.

Si es que sirve de algo, y pido que se me disculpe por la autorreferencia, soy un testimonio vivo de los concretos efectos de la obra del profesor Jitrik. Ninguna responsabilidad personal le cabe, por cierto, y ojalá que ahora mismo a nadie se le ocurra retirarle el título que aún el Rector no le ha entregado. Pero es que, al fin y al cabo, y como sabemos, por más que pretendamos travestir nuestras observaciones en un discurso pretenciosamente científico, siempre concluimos hablando de nosotros mismos.

Con estas salvedades, no puedo reprimir un testimonio que tengo la certeza de que me desborda, es decir, que se multiplica en otros. En mi adolescencia leí *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo*, un libro que había sido editado en 1959 por el crítico Jorge Lafforgue, a su vez autor en este volumen de una cronología quiroguiana junto a Oscar Masotta. En 1967 Ángel Rama reeditó este libro en su editorial Arca de Montevideo. No exagero si digo que este volumen cambió mi vida. Volví a leer el texto con ojos menos inocentes y el cautivante efecto de aquellos años reverdeció. *Horacio Quiroga, una obra de experiencia y riesgo* –título que no dejo de envidiar–, tiene más de medio siglo. Su autor –y esta no es una información indiscreta– tiene más de ocho décadas de vida. Sé de pocos objetos que después de tan largo plazo sean capaces de conservar su fulgor; conozco pocos seres más jóvenes que el Maestro Noé Jitrik.